

Crítica de libros

CASADO, A., *Formación de Profesores: La perspectiva filosófica*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1993. pp. 109.

El profesor Angel Casado viene ocupándose de analizar las relaciones entre Filosofía y Educación en momentos poco propicios para este tipo de tarea y, sin embargo, se trata hoy por hoy en España de algo ineludible para quienes desde la filosofía trabajan en la formación de profesores. El libro que ahora ve la luz es un extracto de la excelente y muy documentada memoria que presentó para sus oposiciones a la cátedra de Filosofía de la Escuela Universitaria "Sta. María" de la Universidad Autónoma de Madrid. Aquí reside parte de su interés, pues esta literatura administrativo-académica (me refiero a las memorias de oposiciones) es la más actualizada con que contamos para conocer la situación de una disciplina filosófica que, en España, se parece más al Gadiana que a otra cosa.

A la Filosofía de la Educación en nuestro país le han sentado muy mal bastantes cosas que han ocurrido en el campo de la educación en las últimas décadas. El inicial alejamiento en los años cuarenta y cincuenta de la Pedagogía respecto de otros campos científicos, por una parte, así como su total instalación en la escolástica filosófica, por otra, terminaron por dejarla sin referentes ni científicos ni filosóficos a finales de los sesenta. Paulatinamente la Pedagogía se ha ido incorporando a las nuevas ciencias sociales al tiempo que la Filosofía de la Educación malvive alejada de toda relación con los Departamentos de Filosofía, tampoco excesivamente interesados en una rama que siempre han asociado con la Pedagogía. Bien es verdad que en los últimos años ha habido algunos interesantes esfuerzos, tanto de publicaciones individuales y colectivas como de Congresos u otras actividades, por recuperar un estatus académico y científico aún no logrado. La crisis que vive la filosofía académica, más perceptible, si cabe, en los nuevos planes de formación de maestros, no ha permitido mayores logros.

Sin embargo, desde fechas recientes se está produciendo una cierta revitalización por una vía tangencial a las propias instituciones educativas a través de programas ligados a la influencia del profesor Lipman, así como a la demanda de literatura ética que compartimos con otros países. Probablemente no es el todo, pero sí una vía de interés que merece ser analizada con detalle. Quizá su gran limitación sea la falta de fondo histórico, pero sus objetivos parecen loables en nuestro mundo.

Quienes lean este libro del profesor Angel Casado obtendrán, pues, una fiel información sobre el estado de la cuestión de las relaciones entre la Filosofía y la Educación (y no sólo sobre la Filosofía de la Educación), así como propuestas de interés, elaboradas desde la reflexión tanto como desde la propia experiencia

docente, para explicar por qué la filosofía debería tener un hueco adecuado en la formación de profesores. Al propio tiempo, se suma a estos intentos mencionados por conseguir hallar el puesto adecuado para la Filosofía en el terreno de las Ciencias de la Educación. Por ser este un proyecto muy complejo, todos los esfuerzos que se hagan en este sentido son necesarios para recuperar un terreno perdido o, al menos, no ganado. Serían necesarias unas líneas de diálogo aún no fáciles. Sin embargo, el ejemplo y la trayectoria del profesor Casado muestran que sería factible.

José Luis Mora

MUÑOZ GARCIA, A.; VELASQUEZ, L.; LIUZZO, M.: *Antonio José Suárez de Urbina: «Cursus Philosophicus»*, vol. I: Lógica. Universidad de Zulia, Maracaibo, 1995, pp. 547.

Se trata de una edición cuidadosamente preparada del «Cursus Philosophicus» del Dr. Antonio José Suárez de Urbina, cuyo manuscrito conserva la Biblioteca Nacional de Caracas.

El «Cursus Philosophicus» viene precedido, en este libro, por una Introducción que consta de varios apartados. En el primero de ellos, «La Filosofía del siglo XVIII en la América Colonial», el profesor Angel Muñoz García da una panorámica general de la época en la que se escribió el texto y habla de la importancia de rescatar este tipo de obras en orden a la estructuración de una Historia del Pensamiento de Venezuela. Las investigaciones al respecto, dice, son muy incipientes en lo que respecta a la época que nos ocupa, segunda mitad del siglo XVIII. Que sepamos, y aparte de algunos escasos estudios parciales, solamente el Dr. García Bacca y el Pr. José Antonio Calcaño se ocuparon en su día, y sólo parcialmente, del tema. Para el profesor Muñoz, este trabajo tiene como objetivo llenar este vacío y salvar parte del patrimonio histórico filosófico de Venezuela, aportando a su vez elementos de estudio a los investigadores del área.

En el segundo apartado, «La Universidad de Caracas en tiempos de Suárez de Urbina», la profesora María Liuzzo afirma su intención de presentar el marco histórico universitario en que se desenvuelve Antonio José Suárez de Urbina. Para ello habla no sólo de la propia ciudad de Caracas, sino, y sobre todo, de la fundación de la Universidad, de su régimen de gobierno, de sus facultades y cátedras, del profesorado, de las clases y de los estudiantes y sus requisitos que eran muchos: quedaban excluidos los negros, zambos, mulatos, mestizos y blancos de orilla; los expósitos o ilegítimos; los condenados (ellos o alguien de la familia) por la Inquisición; los sospechosos de pertenencia a cualquier religión distinta a la católica; o de cualquier otra mala nota. Todo esto aplicable a los candidatos o a sus descendientes. Por último, habla de la costumbre del vejamen, antigua y general en las Universidades, también en las latinoamericanas, y que perduró hasta principios del siglo XIX. Tan arraigada estaba, dice, que el propio Cardenal Cisneros se sintió obligado a incluirla en los estatutos de la Universidad de Alcalá.

En el tercer apartado, «Antonio José Suárez de Urbina y su *Cursus Philosophicus*», el profesor Angel Muñoz García habla de la vida, estudios y clases de Suárez de Urbina. Lo más interesante de este apartado lo constituyen la referencia al copista del *Cursus*: Francisco José de Navarrete, del que dice que es ordenado y metódico y sobre todo, su explicación de lo que es el *Cursus*. Este no es la materia prevista para estudiarse en un año académico, sino la que comprende todo el *pensum* de los estudios filosóficos de la Universidad caraqueña del siglo XVIII: tres años completos (con tres horas diarias de clase) de Filosofía. Así lo estipulaban los Estatutos en la época en que enseña Suárez de Urbina, no sólo en la Universidad de Caracas, sino también en sus similares. El trienio filosófico quedaba formado por la Lógica, Física (que incluía a la Psicología) y Metafísica, y Ética. En cada página del *Cursus*, se evidencia el ferviente tomismo de Suárez de Urbina; así, Santo Tomás es el autor más citado, seguido de Aristóteles, san Agustín, Porfirio, Descartes, Escoto, Maignan, Boecio, Clemente Alejandrino, Dionisio (Aeropagita), Durando, Egidio, Molina, Peynado, Platón, Purchot, los Ripenses, Séneca, Zenón y el Papa León X (o más bien el Concilio Lateranense V). Hay alusiones asimismo, aparte de la escuela tomista, a la escolástica, jesuítica y nominalista.

Por último, el profesor Muñoz García hace una ficha bibliográfica del manuscrito del *Cursus* que lleva fecha de Caracas, 18 de septiembre de 1758, cita la edición incompleta del mismo hecha por García Bacca, y lo más interesante, presenta esta nueva edición del *Cursus*. Se trata de una edición completa del *Cursus* para facilitar así el conocimiento del autor y posibilitar futuros trabajos. Por estas razones se ha presentado el texto original latino, en el que fueron pensadas y escritas las ideas del autor. Sin embargo y teniendo en cuenta el escaso número de lectores, incluso a nivel universitario, que podrían seguir esta lectura, se ha acompañado el texto latino con una traducción al castellano, lo más fiel y literal posible, aun a riesgo de ofrecer construcciones un tanto duras al oído pero que reflejan mejor el sentido del texto. En la última hoja de este apartado se presenta una sinopsis cronológica de Suárez de Urbina.

En el cuarto y último apartado de la Introducción, «La Lógica de Suárez de Urbina», la profesora Lorena Velásquez hace un repaso a la Lógica del *Cursus*, planteándose diversas cuestiones previas como la influencia que pudo tener Guillermo de Ockham en un autor tomista pero del siglo XVIII, los nuevos elementos que aporta el *Cursus* al bagaje de la Lógica y la discusión de conceptos de la Lógica medieval a través de la historia como es el caso de Suárez de Urbina. En este trabajo, la profesora Velásquez se centra en el concepto de Lógica de Suárez de Urbina y en el concepto en que ésta descansa: el de la significación. Dos temas íntimamente relacionados y básicos, pues de la concepción que se tenga del signo dependerá la de la Lógica entera. Por último, la profesora Velásquez señala que a pesar de que el texto del *Cursus* no es todo lo explícito y rico que hubiera deseado, su presentación proporcionará una buena ocasión para exponer sucintamente el tema de la significación, punto clave y fundamental de toda lógica. Este es el objetivo.

En la segunda parte del libro aparece el *Cursus Philosophicus* (Lógica) de Suárez de Urbina, según la admirable doctrina de nuestro Maestro Angélico y en edición bilingüe, latina y castellana. Los dos grandes apartados del *Cursos* son:

Lógica y el de *Philosophia Rationalis*, Prout Logica Magna Vocitatur.

El texto viene acompañado de un índice analítico en latín y castellano, este último tiene entre corchetes las palabras latinas correspondientes. Hay también un índice de lugares, una bibliografía y un índice general en latín y castellano.

Se trata del rescate de una obra del pensamiento filosófico tal y como se cultivaba en Venezuela, que no sólo es importante para los profesores o estudiosos venezolanos, sino para cualquier persona interesada en estas cuestiones. Por otra parte hay que destacar, como méritos innegables de los editores, la alta calidad científica de la edición, el esmero con el que está presentada y la fiel traducción al castellano.

María del Carmen Dolby Múgica

YEPES STORK, R.: *Fundamentos de antropología. Un ideal de la excelencia humana*. Eunsa, Pamplona, 1996. 516 pp.

No es ésta la primera obra de nuestro autor. Le precedieron *Las claves del consumismo* (1989), *Qué es eso de la filosofía* (1989), *La doctrina del acto en Aristóteles* (1993) y *Cómo entender el mundo de hoy. Cartas a un joven estudiante* (1993). «La temática elegida -refiere el autor- y el modo de exponerla no guarda excesiva conformidad con los tratados más habituales de Antropología. Se ofrece aquí una visión personalista del hombre de inspiración clásica, con cierto afán interdisciplinar y un poco atendida a la experiencia de la vida contemporánea», expuesta en diecisiete capítulos.

Queda resaltada ya en las primeras páginas la diferencia cualitativa del hombre con respecto a los otros seres del planeta, no sólo desde el punto de vista fenomenológico sino ontológico. En esta realidad excelsa que es el hombre hay algo que excede la realidad material que está por otra parte inmerso en el universo mundo. Se reafirma con esto la suprema dignidad de esta creatura. No se dejan por analizar los diferentes aspectos de esta vida humana. Qué es la intimidad irrepetible de cada uno, ¿se puede hablar de valores permanentes? ¿vale todo lo mismo?, qué significa ser libre y cómo serlo, por qué no ser escéptico ni relativista, ¿es posible la amistad verdadera y el enamoramiento?, qué quiere decir exactamente ser feliz y desgraciado, cuál es el sentido de la vida, por qué el *carpe diem* no compensa, cuál es el valor de la sexualidad en el mundo en que vivimos, ventajas y desventajas del individualismo, qué sentido tiene el dolor, para qué sirve la religión y la ética, de cuántas maneras puede uno enfrentarse con el destino y cuál es aquella que le llena de excelencia la vida, cómo dominar humanamente el mundo mediante la técnica, qué son las instituciones en la vida social, papel de la ley y el derecho en la organización de la vida en sociedad, cuáles son las ventajas y los riesgos de una vida democrática, qué afinidades posee una vida excelente con un sentido transcendente de la vida, etc.

Se inspira nuestro autor en los clásicos del pensamiento, sobre todo en Aristóteles y Santo Tomás sin repetirlos. Se nota la influencia de su maestro Leonardo Polo. Se mueve dentro del clima personalista y tradicional que envuelve a los pensadores de la Universidad de Navarra. Podíamos decir que el respeto por

el ser de las cosas y por la teleología que las dinamiza hasta su culminación son la esencia del pensamiento ontológico y ético de este pensador. Hay en su explicación afinidades con una Palabra mayor que despierte, ensanche y personalice la realidad del hombre llegada a nuestro mundo por la Revelación. No hace, sin embargo, un «discurso católico» que encarga a la fe y a sus instituciones eclesíásticas o paraeclesíásticas la defensa de las verdades que la misma razón puede llevar a cabo. Resuenan en todo el tratado los planteamientos de la filosofía moderna y contemporánea, pero ensanchando sus horizontes para responder mejor a lo que la realidad humana arroja de sí.

La exposición es clara. Se puede leer el libro con facilidad, aun por los no iniciados en la «jerga» filosófica de los tiempos. No tiene interés en presentar nuestro autor ninguna novedad ni un concepto nuevo del hombre sino, siguiendo una inspiración clásica, repensar para hoy la realidad humana y ofrecer a todos los hombres de nuestro tiempo un ideal de la excecicia humana. Felicítanos sinceramente al autor por esta obra.

Patricio García Barriuso

- DESCARTES, R., *Los principios de la filosofía*. Introd., trad. y not. de G. Quintás. Alianza. Madrid, 1995. XXXIV + 482 pp.
- GOMEZ PIN, V., *Descartes: La exigencia filosófica*. Akal, Madrid, 1996. 72 pp.
- WILLIAMS, B., *Descartes: El proyecto de la investigación pura*. Trad.: J.A. Coll. Cátedra, Madrid, 1996. 399 pp.
- SHEA, W.R., *La magia de los números y el movimiento: La carrera científica de Descartes*. Vers. españ.: J.P. Campos. Alianza, Madrid, 1993. 505 pp.

En 1644 el matemático Franz van Schooten plasmaba en un lienzo la imagen de un caballero con perilla y bigote, orlándola con una inscripción que decía: «René Des-Cartes, Señor de Perron, nacido en La Haya de Turena, el último día de marzo del año 1596». El retratado, disconforme con la barba y las ropas con que se le había representado, no desmintió ni rectificó la fecha indicada, aunque rogó que no se hiciera pública para evitar que fuese conocida por los autores de horóscopos. Siendo la leyenda de ese retrato, incorporado a la edición latina póstuma de la *Geometría* de Descartes (1659), la única referencia sobre la fecha de nacimiento del filósofo francés —y por ello la generalmente aceptada—, sabemos que este año de 1996 se cumple una singular efemérides, el IV centenario de su nacimiento, gracias a la cual nos cabe la honra de evocar a un hombre y una obra cuya influencia en nuestra cultura es imposible ignorar tanto como exagerar, cuatrocientos años después de su entrada a escena en este teatro del mundo.

Anticipándose en unos meses a esta conmemoración, salía a la luz pública entre nosotros la edición que de *Los principios de la filosofía* de Descartes ha realizado Guillermo Quintás, avezado traductor del pensador galo, poniendo al alcance de los lectores de lengua española una obra cuya anterior edición completa, la realizada por Juliana Inquierdo, databa de 1925.

Los *Principia Philosophiae* vienen a ser una revisión ampliada y puesta al día de *El Mundo o Tratado de la luz* —un texto de 1633 que Descartes, según manifiesta en la 6ª parte del *Discurso del método*, no quiso siquiera entregar al impresor tras conocer la condena de Galileo—, publicada articuladamente, en forma de libro de texto, para el estudio y difusión de su filosofía. Su primera edición latina, la única aparecida en vida del autor, vio la luz en 1644. Estaba dedicada «A la Serenísima Princesa Isabel, primogénita de Federico, Rey de Bohemia, Conde Palatino y Príncipe Elector del Imperio», con quien Descartes había trabado relación epistolar, por la mediación de uno de los personajes más influyentes en la corte de Bohemia, el amigo común Pollot, hacia 1643, —y cuyas interrelaciones sobre la relación del alma y el cuerpo estarán en el origen de *Las pasiones del alma*—, considerándola poseedora de una inteligencia muy superior a la de muchos doctos, como consta en el elogio a ella dirigido en la Dedicatoria de la obra: «hasta hoy a Vos sola he encontrado que entienda perfectamente todos los tratados divulgados por mí hasta el presente. Pues parecen oscurísimos a la mayor parte de la gente, incluso a los más ingeniosos y doctos; y a casi todos sucede que, si son entendidos en cuestiones de metafísica, tienen aversión a las de geometría; si, por el contrario, han cultivado la geometría, no entienden lo que he escrito acerca de la filosofía primera: sólo conozco vuestro ingenio, para el que todas las cosas son igualmente claras, y que por esta razón califico merecidamente de incomparable».

Tres años después aparecería una versión francesa, «*Les Principes de la Philosophie*, écrits en latin par René Des Cartes, et traduits en françois par un de ses amis», realizada por Claude Picot, a la que se incorporaron no pocas modificaciones, autorizadas e incluso, algunas de ellas, efectuadas por el propio Descartes. Es esta versión sobre la que se ha realizado la traducción castellana de Quintás, quien no sólo advierte al lector, en el cuerpo del texto y a pie de página, de las variantes existentes entre las versiones latina y francesa sino que también, en un apartado final de notas, comenta y aclara un buen número de pasajes de la obra. Descartes remitió a Picot una carta, que «puede ser estimada como Prefacio» a la edición francesa, en la que, en uno de los textos más significativos e importantes para la comprensión y el alcance de la filosofía cartesiana, expone como puntos principales, aquellos que dieran a conocer «cuál es el tema del tratado, qué propósito ha guiado su redacción y qué utilidad puede reportar su lectura», los siguientes: explicación de que la Sabiduría, de cuyo estudio se ocupa la Filosofía, implica no sólo «la prudencia en el obrar, sino un perfecto conocimiento de cuanto el hombre puede conocer, bien en relación con la conducta que debe adoptar en la vida, bien en relación con la conservación de la salud o con la invención de todas las artes»; consideración de la mucha utilidad proporcionada por la Filosofía, pues, dado que «se extiende a cuanto el espíritu humano puede saber, se debe creer que sólo ella nos distingue de los más salvajes y bárbaros y que las naciones son tanto más civilizadas y educadas, cuanto mejor filosofen sus hombres; así pues, disponer de verdaderos Filósofos es el mayor bien que puede acaecer a un Estado»; enumeración de los grados por los que se accede a la Sabiduría, entre los que se encuentra, en quinto y último lugar, la indagación de «las primeras causas y los verdaderos Principios a partir de los cuales se pudiera deducir las razones de todo cuanto se puede saber; a quie-

nes se han afanado en ello es a los que se denomina Filósofos»; confirmación del cumplimiento de los principios cartesianos de las condiciones que permiten alcanzar el más alto grado del Saber, «la primera, estos principios son muy claros; la segunda, todas las otras cosas pueden ser deducidas» de ellos; establecimiento del símil de la totalidad de la Filosofía con un «árbol, cuyas raíces son la Metafísica, el tronco es la Física y las ramas que brotan de este tronco son todas las otras ciencias, que se reducen principalmente a tres: a saber, la Medicina, la Mecánica y la Moral, entendiendo por ésta la más alta y perfecta Moral, la cual, presuponiendo un completo conocimiento de las otras ciencias, es el último grado de la Sabiduría». La analogía está precedida por una explicación sobre el orden, coincidente con el seguido por Descartes en la publicación de sus obras, que conviene seguir para instruirse —por y desde la Moral y la Lógica hasta la Metafísica y la Física— y va seguida de una sucinta exposición programática de las partes de la obra: La primera, “Sobre los principios del conocimiento humano”, «contiene los principios del conocimiento, que es lo que cabe denominar la Filosofía Primera o Metafísica» (en el art. 7 se formula la primera verdad, el pensar es definido en el art. 9, a partir del art. 14 se ofrecen demostraciones de la existencia de Dios, los arts. que siguen al 29 se ocupan de los errores, al criterio de certeza se dedican el art. 43 y ss.); la segunda, “Sobre los principios de las cosas materiales”, ofrece «la explicación de las primeras leyes o principios de la Naturaleza» (entre los arts. 37 y 42 se enuncian y prueban las leyes de la naturaleza, del art. 45 al art. 53 se ofrecen las reglas según las que se determina la cantidad de movimiento al chocar los cuerpos); la tercera, “Sobre el mundo visible”, trata de «la forma en que se han formado los cielos, las estrellas fijas, los planetas, los cometas y, en general, todo el universo» (a la creación del universo por Dios se refiere el art. 3, los arts. 16-19 tratan de las hipótesis habidas sobre el movimiento, acerca de los elementos del mundo visible habla el art. 52, a partir del art. 65 se explica la concepción turbulenta del universo); y la cuarta, “Sobre la Tierra”, se ocupa de «la naturaleza de esta tierra, del aire, del agua, del fuego, del imán, sustancias que pueden encontrarse en cualquier parte de la tierra, así como todas las cualidades que se advierte que son propias de estos cuerpos, tales como la luz, el calor, el peso y otras» (desde el art. 2 se aborda la generación y la regionalización de la Tierra, a partir del art. 45 se trata del aire, en el art. 48 se comienza a explicar la naturaleza y las características del agua, al fuego y al imán están destinados los arts. 80-186). No faltan en esta Carta-Prefacio sugerencias sobre la forma en que deben leerse *Los principios*, ni promesas de los beneficios que producirá su estudio. Como tampoco olvida el autor dar cuenta de que le resta todavía, para poder «ofrecer a los hombres un cuerpo completo de Filosofía», por «explicar de igual forma la naturaleza de cada uno de los otros cuerpos que se encuentran en la tierra, a saber, los minerales, plantas, animales y, de modo principal, el hombre; finalmente, debería tratar de Medicina, Moral y la Mecánica».

Aunque incompleto, como Descartes volverá a indicar en el art. 188 de la IV parte —sólo en parte subsanable con el contenido de los inacabados por falta de experimentos y póstumamente publicados *Tratado del hombre* y *La descripción del cuerpo humano*—, este tratado de filosofía cartesiana que conforman los *Principia Philosophiae* ha sido considerado por algunos, T.W. Adorno, por

ejemplo, como la obra fundamental del filósofo a quien se acostumbra a señalar como el iniciador de la filosofía moderna. Un iniciador a una nueva forma de pensar a quien complació presentarse al público, conforme al retrato que J.B. Weenix le hiciera hacia 1647, con un libro en las manos en el que figuraba la afirmación «*Mundus est fabula*»; frase escogida por Guillermo Quintás para presentar su versión de *Les Principes de la Philosophie* a partir de estos interrogantes: «¿Por qué reparar en tal mensaje y hacer del mismo el motivo central de una presentación de *Los Principios de la Filosofía*?», «¿Nos cabe otro recurso que apelar a la ficcionalización para establecer unidad entre los principios y verdades de las que se habla en la primera y segunda parte de *Los Principios de la Filosofía* y la descripción de uno u otro fenómeno o propiedad física? ¿Habiendo razonado en la Primera Parte que carecemos de razones para poner en duda que lo percibido clara y distintamente sea verdadero, hemos probado que sea *absolutamente* verdadero? ¿Si tal prueba no es posible al hombre, no obstante le cabe establecer algo *firme* en las ciencias?».

Es una objeción, formulada asimismo en forma de interrogación, la que sirve de acicate al trabajo *Descartes: La exigencia filosófica*, que Víctor Gómez Pin ha redactado, coincidiendo con la conmemoración del aniversario antes apuntado, sobre «el universalmente conocido como matemático y filósofo René Descartes. Escribimos intencionadamente “universalmente conocido” en lugar de “universalmente reconocido” por la sencilla razón de que no está claro que Descartes goce de lo que se entiende por universal reconocimiento»(p. 6).

Parvificencia debida a que el término “cartesianismo” es para no pocos sinónimo tanto de método abstracto, reduccionista y excluyente cuanto de razón esquemática, asténica y totalitaria. Deformado cliché resultante de una visión miope para percibir el propósito y la apuesta de Cartesio por restaurar la dignidad de la razón: «La razón cartesiana sólo es intolerante con el embrutecimiento y la estupidez, intolerancia sustentada en la convicción de que estulticia e inquisición van siempre juntas y que sin la erección de un espacio público en el que tal binomio haya sido desterrado, no hay posibilidad real de dignidad en el ámbito privado»(p. 8).

La objeción a la que nos referíamos antes fue hecha por E. Husserl al comienzo de sus *Meditaciones cartesianas*; una ubicación que testimonia la afinidad entre ambos pensadores y la asunción por parte del filósofo moravo de la inevitabilidad de la disposición cartesiana cuando se trata inequívoca y decididamente del planteamiento de los fundamentos. Mas ello no obsta para la formulación de un reproche y una interrogante: El ideal científico representado por la física-matemática, aceptado *a priori* por Descartes, ejerció una influencia nefasta en su obra, ya que —prosigue Husserl en la I meditación— «el axioma de la certeza absoluta del yo y de sus principios axiomáticos innatos juega en Descartes, con relación a la ciencia universal, un papel análogo al de los axiomas geométricos en geometría. Pero el fundamento está aún más arraigado aquí que en geometría y está llamado a constituir el último fundamento de la propia ciencia geométrica». Ahora bien, acerca de lo pensado y dicho por Descartes sobre semejante base, «vale realmente la pena —había escrito ya Husserl en el § 2 de la Introducción— intentar descubrir un sentido eterno presente tras estas ideas?

¿Pueden infundir a nuestra época nueva y potente energía?».

El objetivo del libro que comentamos, al partir de la constatación de que es la nuestra una época ayuna de la necesaria unidad de la razón como matriz de las diferentes disciplinas, es aportar razones que permitan justificar una respuesta afirmativa a las antedichas cuestiones; o, si se prefiere, mostrar que la posibilidad de humanismo existente en la recuperación de lo universalmente fundamental y fundante que tiene la razón, ínsita en la singularidad de cada ser humano, es inevitable: «Inevitable sigue pareciendo aquello que se ofrecía al descorazonado Descartes en busca de asidero. Inevitable el partir del hecho —y sólo del hecho— de que la pluralidad de imágenes atraviesan el espíritu que se interroga sobre su destino; inevitable el que el *pensar* —bajo esta forma inmediata— esté presente, o, más bien, sea el correlato de cualquier presencia... Inevitable parece la aventura de Cartesio, reemprendida cada vez que alguien replantea de manera decidida la cuestión de los cimientos. Inevitable es asirse a la propia razón y, con escrupuloso respeto al testimonio de ésta, intentar dar fundamento a lo real»(p. 70). Para la confirmación de todo esto, Gómez Pin realiza un recorrido explicativo por la obra de Descartes, apoyada en ocasiones, como no podía dejar de ser, en la biografía del filósofo de la Turena. Una exposición en que, entre el Prólogo, “Nostalgia de la razón cartesiana”, y el Epílogo, “Retorno al cartesianismo”, aparecen a modo de mojones “«Cartesiana» disposición del espíritu”, “Las razones de dudar y la firmeza de las determinaciones de la matemática”, “El genio maligno y la certeza del pensar”, “La irrelevante hipótesis del Dios veraz (intranscendencia del «círculo»”, “El einsteniano «meollo de la idea cartesiana»”,...

También en proximidad a la fecha en que se cumplían los 400 años del nacimiento de Descartes llegaba a las librerías el volumen de Bernard Williams, aparecido originariamente en 1978 con el título *Descartes: The Project of Pure Enquiry*. Un estudio que, inscrito en la historia de la *filosofía* más bien que en la *historia* de las ideas, reconstruye el pensamiento de Descartes según una concepción y un estilo contemporáneos, presentándolo en una argumentación «formulada en términos del siglo XX; el juicio de interés es del siglo XX; es absolutamente cierto que un trabajo que fuera principalmente histórico representaría los intereses de Descartes de una manera diferente. A pesar de ello —nos hace saber Williams en el Prefacio—, aún espero que los intereses representados de esta manera fueran intereses de Descartes, y que hablar de que tuviera en mente el tipo especial de proyecto que he intentado articular en este libro se relacione de modo iluminador con algo histórica e importantemente verdadero de su perspectiva».

Realizados los pertinentes apuntes biográficos, el autor se centra y sitúa al lector en lo que constituye, como se nos anticipa en el título, el *leitmotif* de su trabajo sobre el pensador francés, contemplado desde el empeño cartesiano, convertido a la postre en misión cumplida, de encontrar y proporcionar a la posteridad los fundamentos del saber desde y por vía filosófica; mas —advierte el profesor inglés—, «aunque su papel sea esencial, es muy importante señalar que, para Descartes, la filosofía constituía una parte muy pequeña con relación al conocimiento digno de consideración como un todo. Éste es un libro sobre la

filosofía de Descartes, y es como filósofo por lo que Descartes es principalmente conocido hoy en día; pero, por su propia concepción del asunto, esto resulta ser una ironía. El proyecto que estudiaremos es un proyecto filosófico, pero el intento de Descartes es que fuera el preámbulo a un amplio proyecto de ciencia, medicina y tecnología que pudiera tener beneficios prácticos para la humanidad. Es producto de la situación histórica el que Descartes esperara que su proyecto tuviera tales resultados. Es también un rasgo de su situación el que pudiera concebir que ese proyecto (tal como veremos) fuera conducido por un único pensador, algo que fuera transparente a la razón humana y que mostrara definitivamente cómo el conocimiento, después de todo, es posible. (p. 37). Conocimiento, saber, verdad, cuya búsqueda permitió a Descartes, desde un proyecto metodológico concomitante con la Investigación Pura, realizar aportaciones filosófico-científicas tan capitales para nuestra cultura como el proceso de la duda metódica, la primera verdad: *cogito, ergo sum*, la distinción real del dualismo mente y cuerpo, la nueva prueba ontológica de la existencia de Dios, el criterio diferenciador de verdad y error, la matematización de la ciencia, la invención de la geometría analítica, la concepción del mundo físico como extensión; tópicos cartesianos a los que Williams dedica sendos capítulos, en los que ocasionalmente introduce formulaciones lógico-matemáticas. El capítulo postrero, titulado “La mente y su lugar en la naturaleza”, ofrece una visión panorámica del lugar de la mente acorde con el sistema cartesiano; de ella resulta un conjunto de dificultades y paradojas suficiente y significativamente expresadas en las líneas finales: «De forma más general, podemos quizá entrever en estas últimas consideraciones que estos rechazos de las posiciones de Descartes resulta que están profundamente conectados entre sí. Lo cual sólo refleja algo que el estudio ha intentado sacar a la luz en más de una ocasión —hasta qué punto el extraordinario proyecto de Descartes, su concepción y su ejecución, formaban todos parte de una única pieza». A la base, o como aglutinante, si se prefiere, estaba el *status* absoluto de la filosofía, solamente admisible en correspondencia con alguna concepción absoluta del mundo, posible únicamente para la ciencia natural; pero «pedir no sólo que deberíamos saber, sino que deberíamos saber que sabemos, es (como subrayamos tiempo atrás) pedir mucho —muy probablemente demasiado» (p. 385).

Tres apéndices, “Conceptos epistemológicos”, “Lo que el investigador puro sabe” y “Soñar”, cierran las páginas de un libro beneficiado de algunos cursos sobre el fundador de la filosofía moderna impartidos en EE.UU.

Anterior en su versión española al libro que acabamos de comentar, pero posterior a su edición original, publicada en 1991 con el título *The Magic of Numbers & Motion: The Scientific Career of René Descartes*, el objetivo de la investigación de William R. Shea es «seguir a Descartes en su viaje, y proporcionar una visión global, pero en absoluto exhaustiva, de su carrera científica desde sus días de estudiante en el colegio de los jesuitas en La Flèche hasta su marcha a Suecia, adonde le había llamado la reina Cristina. He intentado —continúa manifestando el autor en el Prefacio— ser fiel a la recomendación de Descartes de ser claro (pero no claro a cualquier precio)», por lo que no tendrá inconveniente en poner al descubierto «las costuras de un tejido de conocimiento del

que [a Descartes] le habría gustado que creyésemos que era de una sola pieza», sin que ello sea óbice para mantener «la esperanza de que este libro le dé suficientes razones al lector para que se anime a leer las obras del propio Descartes»(p. 12).

Las páginas escritas por Shea, sostenidas por un andamiaje abundante en citas textuales y con un despliegue de documentación tremendo, ofrecen el retrato complejo de un ingenio/genio que trató de “hacerse especialista” en el conocimiento tomado en su conjunto. De aquí el empeño del autor por evitar y contrarrestar esa simplificación incorrecta que, de una u otra índole, hace de Descartes, por un lado, el científico que imprimió un rumbo nuevo al estudio matemático del mundo natural y del ser humano o, por el otro, el filósofo de gabinete que proporcionó una metafísica de la que se podía derivar *a priori* la estructura y funcionamiento de la realidad. Imágenes, una y otra, erróneas e insostenibles desde el espíritu y la letra, la práctica y la teoría, del propio pensador francés, a poco que se repare en sus metáforas favoritas, tanto la de la luz del sol de la I de las *Reglas para la dirección del ingenio* cuanto la del árbol del saber de la Carta-Prefacio de *Los principios de la filosofía*. Descartes, cierto es, realizó contribuciones calificables de revolucionarias en el campo de la matemática-física como las coordenadas cartesianas, las leyes de inercia y de refracción, las leyes mecánicas de impacto y la explicación de fenómenos físicos como el arco iris, el magnetismo, la gravedad, pero, igualmente cierto, inauguró revolucionariamente la manera moderna de filosofar con sus propuestas de razón metódica, centralidad y primacía del sujeto pensante, principalidad de la teoría del conocimiento; innovaciones en ambos terrenos posibles, sin el menor atisbo de duda, por la subyacente concepción cartesiana de la interactuación y coimplicación, derivadas de la unidad epistemológica, de lo que, con palabras harto imprecisas de nuestros días, denominaríamos “ciencia” y “filosofía”.

Autorizado y alentado por las palabras de Descartes mismo —no se recogen los frutos del tronco ni de las raíces, sino sólo de las extremidades de las ramas—, W.R. Shea se ocupa, en sucesivos capítulos, de su formación intelectual (“El joven de Poitou”) desde su permanencia entre los jesuitas hasta su estancia en Holanda, donde, enrolado en el ejército, tuvo ocasión de conocer a Isaac Beechman, quien estimuló su interés por las matemáticas y la física (“En los primeros días de la física”, “La victoria matemática” y “Tras la armonía musical”), sin olvidar la influencia de los rosacruces (“Descartes y la ilustración de la Rosa Cruz”), y antes que decidiera abrirse un nuevo camino en el conocimiento (“La busca de método y las reglas de dirección”), que pronto proporcionaría buenos resultados (“El triunfo óptico, 1625-1628”). El enfoque adoptado por Shea le permite resaltar el quehacer “científico” de Descartes y escribir, tras el capítulo “Meditaciones metafísicas”, párrafos como los que siguen: «Puede que la metafísica sea más importante que la óptica, pero nadie, ni siquiera Descartes, podía vivir en tan exaltadas regiones más de unas pocas horas al día»(p. 266), «no sorprende que [Descartes] hiciese del todo a un lado su metafísica cuando un signo de los cielos reanimó el interés que sentía por la óptica»(p. 279) y «aunque creía que las leyes de la óptica se podían, finalmente, derivar de las propiedades básicas de la materia, le parecía que algo así no se podía trasladar a la mente de otras personas si al mismo tiempo no se les explicaba toda su metafísica, o al

menos esa parte de ella que trata de la filosofía natural»(p. 316). No sólo de las contribuciones cartesianas a la óptica sino también a la mecánica se ocupan los cuatro capítulos últimos. Se nos permite así hacernos una composición cabal de la obra de un autor en quien alentaba la concepción unitaria y orgánica de la Sabiduría, erigida sobre «la creencia de Descartes, tan firmemente arraigada en su espíritu, en la unidad básica de la ciencia, la metafísica y la teología natural. Sea cual sea el cambio que ocurra en el mundo, lo causa la acción mecánica, pero eso no lo hace menos maravilloso. Dios implanta nociones de materia y movimiento simples y evidentes por sí mismas en el espíritu humano en el mismo instante en que lo crea. De la misma manera, Dios produce y mantiene el movimiento de los cuerpos en todos y cada uno de los instantes en que se estén moviendo. Sin estas nociones dadas por Dios, no podríamos percibir el movimiento, y sin la intervención directa de Dios, no habría movimiento que percibir. La magia de los números y el movimiento hunde sus raíces en la racionalidad trascendental de la Mente Última»(p. 484).

Permítasenos apostillar estas reseñas recordando lo que otro pensador —el filósofo que equiparaba la extrañeza del pueblo que ha perdido su Metafísica con la de aquél para el que se ha hecho inservible su Derecho— afirmara de Descartes escribiendo que «con Cartesio entramos, en rigor, desde la escuela neoplatónica y lo que guarda relación con ella, en una filosofía propia e independiente, que sabe que procede sustantivamente de la razón y que la conciencia de sí es un momento esencial de la verdad. Esta filosofía erigida sobre bases propias y peculiares abandona totalmente el terreno de la teología filosofante, por lo menos en cuanto al principio, para situarse del otro lado. Aquí, ya podemos sentirnos en nuestra casa y gritar, al fin, como el navegante después de una larga y azarosa travesía por turbulentos mares: ¡tierra!». Así dice, en *Las lecciones sobre la historia de la filosofía*, Hegel, el coetáneo del genial Goya, de quien este año conmemoramos el 250 aniversario de su nacimiento, a cuya representada sentencia, «El sueño de la razón produce monstruos», de algún modo se adelantara Descartes, insinuándola tan sólo, al advertirnos de «¿cómo negar que estas manos y este cuerpo sean míos, a no ser que me empareje a algunos insensatos, cuyo cerebro está tan turbio y ofuscado por los negros vapores de la bilis que afirman de continuo ser reyes, siendo muy pobres, estar vestidos de oro y púrpura, estando en realidad desnudos, o se imaginan que son cacharros, o que tienen el cuerpo de vidrio? Mas los tales son locos; y no menos extravagante fuera yo si me rigiera por sus ejemplos».

José A. Martínez Martínez